

DE LOS SEXOS DE LAS CULTURAS

PARTIENDO de las premisas de que el ciclo de una cultura sigue las mismas fases que la vida de un individuo y de que el sexo en la humanidad aparece diferenciado por predominio de uno determinado, no por exclusión total de uno de ellos, como asegura un eminente médico español, se podría deducir que en nuestra civilización occidental conviven ambos sexos, masculino y femenino. En nuestra tesis, mientras el masculino predomina en la etapa primera, el femenino lo hace en la segunda.

Un ejemplo concreto que nos puede dar luz sobre ello es el clásico de Roma: guerrera, conquistadora, masculina, muy egoísta, enemiga del lujo y amiga del lucro, como dijo Catón el *Censor*, en su primera fase.

Y dado que todo ensanchamiento trae inevitablemente un ablandamiento: más suave, más femenina y refinada, más bella, pero menos fuerte más ancha, pero menos prieta, más dadora y menos receptora, después.

También en el Paraíso Terrenal fué primero el hombre que la mujer.

Igualmente en la cultura romana las formas duras y varoniles se transforman posteriormente en aquellas otras maternas de la Roma, que se desgaja por el mundo en goce paridor y coqueto de contemplarse eternamente joven en sus hijas.

Dos son pues los sexos y las funciones de las culturas: lo masculino, lo viril, en la hora de fundar. Lo abnegado, lo femenino, en el instante de transfundir; antinomias eternas que pudiéramos reconocer sintetizadas en el dios Apolo, tan masculino y tan femenino al mismo tiempo.

Ahora bien, en este momento de la cultura occidental ¿qué sexo y en qué grado predomina?

La forma masculina que tiene por *condicio sine qua non* la Justicia y la Verdad, ha degenerado por suprimir las virtudes naturales que constituían la médula de su ser. La mentira tiene más utilización que la verdad. El valor humano se ha substituído por el valor moneda. La arbitrariedad es una forma más de la justicia.

La forma femenina cumplió magníficamente su misión y los resultados se aprecian ya. Ella que tiene por virtudes naturales la Caridad y la Esperanza es meta, bastión, alimento y satisfacción, para el presente y para el futuro.

La Madre Europa mira con ojos esperanzados a sus hijas de América que con entereza y suavidad al mismo tiempo, han tomado en sus manos la llama olímpica de la civilización occidental para clavarla en una pretendida Arca de la Alianza.

ARSENIO MUÑOZ DE LA PEÑA

EL PRIMER LIBRO

(CUENTO)

POR RAMÓN DE GARCIASOL

ESTOY tembloroso, inquieto, impaciente. ¿Me irá a pasar algo? Me doy cuenta de mi estado y no tengo razones ni fuerza para impedirlo. ¿Por qué tendremos nervios, Señor? ¿Por qué nos habitan fuerzas que no podemos dominar? Soy un árbol maravillado, recién vestido de primavera, en pleno éxtasis, al que le hubiese invadido un huracán de alas, una tromba de trinos, una tormenta de pájaros locos.

Hay momentos en que casi venzo el puño a la tensión angustiosa, en que voy a convencer a mi naturaleza con reflexiones. Pero en cuanto me distraigo, una inundación de sombras me sube por las raíces, me reprime la inteligencia llevándola a sus últimos rincones, poniéndola la espalda contra la pared.

Por más esfuerzos que hago, hoy no puedo conmigo. Hay días que está uno dejado de sí, desconocido para sí mismo, penoso y niño a la mirada interior.

Alrededor mío libros, muebles, cuadros, la *radio*, indiferentes, impasibles, irritantemente desdeñosos, metidos en sí en una meditación ininterrumpida y eterna. El retrato que me hizo Ruiz, me mira fijamente, táctilmente, incisivamente, como si yo fuese un infusorio visto al microscopio por un sabio atento. ¿Tiene ese rubor de sol en la sonrisa suficiente o se le pone mi inquietud para compadecerme más? Su seguridad me apabulla, me empequeñece. Tengo que retirar la mirada de él porque me hace daño la definitividad de su gesto, su irrompible silencio, su postura última.

La araña de cristal está atrozmente, criminalmente quieta. ¿Tendrá la clave de la sabiduría y no se atreve a respirar para no esparcirla, para no convertirla en polvo? A la nitidez del cristal en mi recuerdo de otro tiempo, le ha salido una palidez lunar de estar despierto desde el día de su nacimiento. Cuanto más atentamente la observo, más se densa su silencio, más se cuaja en mí, como si la sangre se me fuese a convertir en piedra sin que se me apague el conocimiento, para agrandar más el asombro.

Me agacho espiritualmente, me bajo la atención al nivel del horizonte del ser para oír el silencio, para escuchar esta paz mineral en que están embebecidas las cosas. Y hasta la voz del pensamiento me parece excesiva: impide oír el respirar del alma, que no se capta; estorba el amanecer de la revelación.

Quieto hasta el dolor físico de reprimirme, pensando cada vez menos, más débilmente, tumbado mientras sube y me ocupa una marea de sueño...

Un grito bárbaro, asnal, llegado de puntillas para agudizar el sobresalto, estalla en la calle llenándome de boquetes las carnes de la sensibilidad.

—¡Trapero! ¡Trapero! ¡Trapero! ¡Trapero! ...—repite incansablemente su coceo verbal.

Mi naturaleza interior da un salto tremendo de tigre, como si durmiendo me hubiesen echado un cubo de brasas sobre la carne. Y reboto estrellándome contra un límite insuperable.

Reacciono sobre mí titánicamente, como si quisiese detener un mar de fuego desbocado tirándome de las bridas con fuerzas de hombre. Me hiero mandándome serenidad. Y me noto más tembloroso, más conmovido. Alguien juega conmigo dentro de mí, experimenta con mi vida sus hipótesis, y no me queda otro remedio que obedecer con la conciencia escocida de ser ejemplo de una ley.

Me pongo a pasear. Miro muchas veces el reloj de pulsera sin enterarme de la hora. Me levanto mecánicamente la manga de la chaqueta y el puño de la camisa como si pasase a manotazos las hojas de un libro en blanco. Le aplico el oído y no percibo su tic-tac nervioso y equilibrado, fino, armónico, orgulloso de contar el latido del tiempo, de señalar su paso. ¿Está parado? El segundero, en rojo, girando en su esfera menor, camina sin parar, sin mareo y sin cansancio, esclavo de su eje. ¿Me habré quedado sordo?

Me encaro conmigo al espejo y me encuentro pálido. Bajo la patilla derecha tengo un corte, una línea de sangre fresca, como una señal de carta geográfica. En la barba, otro oblicuo. Se conoce que al afeitarme esta mañana la mano no andaba muy segura, me digo tontamente.

Pienso que andando se me pasará la impaciencia. Y voy por el pasillo, de habitación en habitación, mirando sin ver. Me asomo a los balcones. Entro en mi cuarto, y me molesta ver la cama todavía revuelta. Me ofende este desorden, este polvo de olor a humanidad. En el espejo del armario ropero me encuentro vestido con el traje azul nuevo, como si fuese a casarme. ¿Por qué estoy vestido así? Cuello duro, zapatos negros cabrilleantes, corbata de seda natural, y en el bolsillo de pecho de la americana el pañuelo que me bordara la tía Asunción en el convento.

—¿Por qué estoy vestido así?

—¿Es que esperar un libro puede alterar a nadie de ese modo?

—Imbécil; no es un libro. Es tu primer libro, ¿entiendes? ¡Tu primer libro!

Y me pongo más nervioso aún, avergonzadísimo, como si tuviese un puñal en la mano y hubiese un cadáver a mis pies. Casi no me atrevo a preguntarme si es posible que yo lleve esa voz tan imperiosa y segura ahí dentro. ¡Qué tono apocalíptico hecho de siglos, de publicación solemne de responsabilidades infinitas!

Sigo por casa mi paseo sin objeto. En el calendario de mi mesa de trabajo, leo:

AGOSTO

9

LUNES

La Natividad de la Virgen. Adrián, Teófilo, Timoteo, Fausto, Eusebio, Zenón y Néstor, mártires; Corbiniano, Obispo.

En el memorándum del mismo calendario, una anotación con lápiz azul: «8'30 pasar Angulema. Paquita. NO OLVIDES». Y debajo muy caligráficamente, complaciéndose en el trazo y en la palabra:

Amor que nella mente mi raggiona.

Vuelvo a repasar la casa sin saber qué hacer con las manos. Las guardo en los bolsillos del pantalón. Las sacó y las meto en los bolsillos de la americana dejando los pulgares fuera. Redondeo de abajo arriba la curva del chaleco que no llevo puesto. Nuevamente hurgo los bolsillos de la chaqueta, extraigo unos papeles y los paso rápidamente con el índice con la rapidez mecánica de un contable que pasa billetes sin que se le vea el dedo.

Me pongo las manos a la espalda. Seguidamente en su lugar descanso.

Con el dedo pulgar partiendo del meñique cuento docenas de veces diez. Luego, sobre el muslo tamborileo contando sílabas de versos inexistentes.

Me asomo una vez más al balcón. La enredadera tiene una flor nacida al amanecer para morir a media tarde. Está llena de luz morada, vegetal, purísima, que hace bien a los ojos y consuela y alivia la tensión de la carne. Tiene forma de bocina de gramófono antiguo conectado con el mundo del misterio, del que dice palabras que no alcanzo...

Me canso y entro en casa, sin poder parar ni estar sentado, poseído de una tensión que no logro arrancarme.

¿Y si diese un paseo bajo las acacias del Parque a ver si el andar y el aire de la mañana me serenan? ¿Y si entre tanto viniese el chico con el paquete de los libros? ¿El chico? Me aterro al pronunciar la palabra *chico*. ¿Un chico con un paquete de libros nuevos, con debilidad reciente de criaturas acabadas de nacer, por la calle, zarrandeado y magullado en el *metro*, quizá sentado en el tope de un tranvía para ahorrarse los veinte del billete?

Y sin poder sacudir la visión, veo un chico sin rostro, con *mono* azul de peto, a la trasera de un tranvía rapidísimo. En este momento se le cae el paquete al suelo y al golpe se abre como una granada.

Los libros ruedan por el asfalto, abiertos, arañándose al resbalar por la arenilla, destroncándoseles el lomo, llenándoseles las páginas de barro, atropellados por el camión de los carboneros.

Logro apagar esta visión dolorosa, y se me hace otra más clara en su lugar.

El niño va ligeramente sentado en el tope trasero de un 45. Con una mano se agarra a una cadena. Arrastra los pies gozosamente. Va silvando, risueño e irresponsable. Bajo el otro brazo lleva el paquete de los libros. Al tomar una curva el tranvía, junto a los Nuevos Ministerios, el niño sale disparado por la velocidad. El niño se aovilla, abraza el paquete y cae de cabeza dando vueltas. En este momento —¡ay!— pasa por encima de él el camionazo de los carboneros. La sangre se mezcla con los libros, que el niño sigue abrazando. En su sencillez comprende que puede morir, nunca perder los libros. ¿Qué iba a decir su padre, tan serio y cumplidor, si los perdiese?

De esta fantasía tan nítida me saca el teléfono que repiquetea a mi espalda. La lluvia sonora me corta por la cintura como una ráfaga de ametralladora.

—Aquí no hay ninguna funeraria—y cuelgo como si me hubiese quemado la mano con el auricular.

Ahora suena el timbre de la puerta de la calle. ¿Será el chico de la imprenta al que acabo de ver morir por defender mi paquete de libros? ¿Mi paquete de libros o su derecho a llevar la cabeza levantada?

—Tome—digo al pordiosero dándole unos céntimos.— Y..., usted perdone... Es que... Pero Ud. tendrá que pedir... Perdón... Quiero decir tendrá que hacer... Perdone... Creí que Ud... Pero no... Perdona...

El mendigo se quita el sombrero gentilmente y se va asustado escaleras abajo sin perderme la cara, sin atreverse a dar las gracias, dejando caer una perra gorda que no se agacha a cojer.

Cierro de un portazo, descontento de mí.

—Majadero—me animo— ¿Qué decoro es este para recibir un libro? ¿A qué esos nervios de histérica? A no ser que vayas... a...

—No; no. Es imposible— me grito para mí.—¿Perder la razón?— me repito despacio, profundamente, a la defensiva, dispuesto a no entregarme—. ¿Perder la razón?—silabeo mentalmente.

Como si clavase una montaña, como si allanase una cordillera de un puñetazo, afirmo:

—¡No! Basta de dejarse dominar por fantasmas. La verdad es que el niño no ha sido atropellado; que yo estoy aquí; que el péndulo del reloj de pared va y viene sonando noblemente.

Y me siento protegido por mí, defendido por mi voluntad.

—¡Como si los hombres—digo los hombres!—se entregasen a las sombras, a lo oscuro que les quiere comer!

Y me recobro, me rescato de la angustia, y vuelve a hacerse en mí la paz, y siento que se me aclara el rostro transparentando una luz interior de razón; noto que me hago conmigo.

El timbre avisa que alguien llama a la puerta.

—¿Eres tú, amigo?—le pregunto jovialmente al niño que trae el paquete.—Porque tú eres el de los libros, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Cómo has tardado tanto, hombre? —le recrimino paternalmente.—Tenía miedo de que no llegase— le digo mientras me busco en la cartera algún dinero—. Toma, para el viaje.

—Gracias, señor.

—Y no vayas en el tope del tranvía ¿eh?

—No, señor. Es mi primo el que monta en el tope.

—Eso está mal. Tú, no, ¿eh?

El niño deniega con la cabeza asintiendo.

—Bueno, adiós, amigo.

—Usted lo pase bien, señor.

Ya en mi habitación abro el paquete despaciosamente, amorosamente, trenándome la prisa. La tinta fresca huele a máquina, a razón, a ingenio, a olores que no había en el tiempo antiguo. El papel alegra la vista y complace al tacto. ¡Qué hermoso papel cremal! ¡Y qué curvas en las letras, líneas que contienen la pasión del espíritu sin dejarle desparramarse, dándole forma, haciéndole transmisible, canalizándole!

Abrazo al libro como a un hijo. Le miro los amplios márgenes, le acaricio el lomo; le cierro sonoramente y le doy cachetitos cariñosos en la cubierta; paseo con él bajo el sobaco sintiéndole palpar, vivir, darme compañía, calor y fuerza. Le separo y le miro, le contemplo, le adoro a distancia, y me siento orgulloso de él.

Ahora le pongo entre los demás libros de la biblioteca, y se mantiene firme, vertical y gallardo. ¡A lo mejor ni el tiempo puede contra él; ni el fuego, si prende en alguna inteligencia! Y me explico el odio y el amor a los libros, soldados invencibles del espíritu contra el que nada puede la coacción, la hoguera o las balas, por estas cosas son pasajeras y él es eterno.

Le tomo nuevamente en la mano. Me siento, dispuesto a dedicar el primer ejemplar de mi primer libro a mi padre.

La pluma no escribe. ¿Se le habrá agotado la tinta? Pero no. Al alzar la palanca para cargarla cae un rosario apretado de gotas gordas, lustrosas, con brillo aceitoso metálico.

Pruebo a escribir y la tinta no se señala en el papel. ¿Estará roto el punto? Garrapateo sobre una cuartilla, moviendo la mano caprichosamente, y salen caracteres chinos en colores, que entiendo perfectamente.

Repito el intento de escribir en el libro, y tampoco se hace visible la tinta. Más que escribir, aro en la página y empieza a desperzarse una música matinal de aves, arroyos y árboles movidos por el viento. Me quedo parado escuchando, y donde apoyo la pluma aparece una gota de sangre transparente, prieta y fría como una piedra preciosa. Y sé que es sangre porque la tomo en la mano y calienta dulcemente, y late.

Cada vez más confuso, empiezo a pasar hojas, y todas están en

blanco. Y veo correr las letras delante de mis ojos como una punta de toros asustados, apretándose unos contra otros, mugiendo con los cuernos encendidos, cayendo al hoyo que hay en medio de una página. Cuando voy a tapar con la palma de la mano la sima de los toros o las letras, la página aparece blanca y sin estrenar, y al momento se transforma en un campo de trigo sin granar, y después en una fuente con música de oro.

Empiezo a divertirme y me siento fluyendo vivo en la fuente mientras me contemplo desde fuera, espectador de mí mismo. Descubro que tengo sed, y voy a beberme en la fuente...

El maldito despertador me cose con respuntes de ruido a lata vacía, desinflándome el sueño.

¿Por qué se me ocurriría anoche pensar que debía levantarme a las siete y media? ¿Es malo adelantarse con el pensamiento al discurrir de la naturaleza, al devenir del tiempo, ordenar que lo que vaya a ocurrir luego sea como quiero ahora?

Y cuando parece que voy a empezar a soñar filosofías, a cambiar el orden natural de la vida, a meterme en otra fantasmagoría de vigilia, el hombre normal que llevamos para que no se nos hagan los sesos agua, me explica en cuatro palabras:

—No saques las cosas de quicio. Pusiste el despertador porque a las ocho y media en punto tienes que estar fichando en la oficina.

BURBUJA

Nos tropezamos al volver la esquina.

En el inevitable encontronazo,
por un segundo nos unió el abrazo

contra la voluntad; ella, mohina,
deshizo prestamente el dulce lazo

y continuó, camina que camina...

¡Qué pequeñita historia!

Jamás he vuelto a ver

aquel rostro divino de mujer

que vuelve con frecuencia a la memoria.

Parece que fué ayer...

EUGENIO PAYO

ANECDOTARIO EXTREMEÑO

De mis recuerdos periodísticos

BIEN claro amaneció aquel día sobre las torres y las murallas pacenses. Badajoz, que se enorgullecía entonces de sus 35.000 habitantes, vivía aquella vida provinciana que cantaban en sus versos Monterrey y los poetas líricos de su tiempo. Badajoz se enorgullecía también de contar con un Ateneo de altura y un periódico que en aquella época constituía un avance y un progreso para los medios y el ambiente en que se desarrollaban en provincias las publicaciones periodísticas. Titulábase «Noticiero Extremeño» y a mí me tocó, en el rodar de los días, sucediendo a López Prudencio y a Mirabal, dirigir aquel periódico.

¡Qué redacción, Dios santo, y qué sueldos los que cobraba aquella en sus laboratorios de la calle de Montesinos, como se llamaba a los locales donde se escribía y confeccionaba el periódico! Desde los quince duros del gacetillero hasta los cincuenta del director! Y era un periódico «¡a la moderna!» ¡Y qué tertulias las que se formaban en aquella redacción! Desde un gobernador civil que repetía constantemente la frase «la prensa es el cuarto poder del Estado», hasta un señor canónigo que nos contaba chascarrillos eclesiásticos, desfilaron por aquella redacción los tipos más pintorescos que he conocido en mi vida.

De atender y entretener a todos se encargaba nuestro compañero Lucas Sánchez Cuesta que era, si así puede decirse, el jefe del protocolo. Lucas Sánchez Cuesta que usaba, además de su nombre, unos cuantos seudónimos para su múltiple labor periodística—A. de Velís era el más vulgarizado—encarnaba en aquella redacción de «Noticiero Extremeño» el tipo del periodista enciclopédico de aquel tiempo, pues lo mismo «hinchaba» un telegrama, que hacía una crónica de arte y machacaba a los cómicos que se atrevían a montar obras de las entonces llamadas sicalípticas. Husmeador de noticias como pocos y acaparador de ellas casi siempre, él era el encargado de traernos las novedades que alteraban la monótona vida provinciana del Badajoz de 1908 a 1915.

No recuerdo ya con exactitud en qué año de los comprendidos en ese período fué el acontecimiento que motiva estas evocaciones periodísticas. Luquitas, como llamábamos en la intimidad a Sánchez Cuesta, vino a media mañana—yo la aprovechaba entera para el sueño—a despertarme. Cuando me di cuenta de su presencia voceaba inquieto y nervioso alrededor de mi cama.

—¡La gran noticia! Algo sensacional para nosotros y nuestra corresponsalía—gritaba.

—¿Pero de qué se trata—pregunté—para venir a alborotar a estas horas?